



RECIBIMIENTO
DE LA PARROQUIA UNIVERSITARIA
“SAN JUAN CRISÓSTOMO”
UNIVERSIDAD DEL ZULIA
(Homilía Inaugural)

Maracaibo 05 de Agosto de 2007

Hermanos y hermanas;

En la recurrencia de mi XII aniversario de ordenación sacerdotal, agradezco profundamente a Dios de estar aquí con todos ustedes. Durante todos estos años de ministerio presbiteral, Dios me ha concedido muchísimas bendiciones. Llevo marcado en mi corazón la frescura de mis manos recién ungidas con el Santo Crisma, desde cuando inicié mi primer año de ministerio como Vicario Parroquial de la Basílica de la Chiquinquirá. Además, recuerdo los primeros pasos como docente, en el Seminario Mayor de Maracaibo, así como en el Instituto “Niños Cantores del Zulia” que fue cuna y semillero de mi vocación sacerdotal.

Traigo a mi memoria, también, los años de estudios de licenciatura en Teología Bíblica, obtenida en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Así, también la experiencia pastoral vivida en algunas parroquias de Italia. Posteriormente, mi trabajo como Vice-Rector y profesor de teología en el Seminario Mayor de Maracaibo. Luego de varios años, Dios me condujo, nuevamente a Roma, para terminar los estudios de post-grado. Hoy me encuentro aquí, en medio de ustedes, en esta celebración del recibimiento de la parroquia universitaria “San Juan Crisóstomo”, donde Dios, siempre providente y artífice de la historia humana, me concede ahora la gracia de ser, por primera vez, párroco. Pastor de esta querida comunidad de L.U.Z., como, también, de otras instituciones y personas particulares representadas en esta asamblea litúrgica.

Se conjuga, en este momento, el reconocimiento de una profunda admiración y el afecto especial por el magnífico trabajo pastoral y espiritual del P. José G. Villalobos. Sé que él no nos deja. Dios nos favorece con su presencia y su oración. Para mí, esto es un hermoso regalo de aniversario, y así, también, poder acoger y acompañar la labor pastoral de esta comunidad universitaria, que ha sido

beneficiada por Dios tanto por el celo pastoral, amor humano y sacerdotal del Padre José Gregorio. Espero continuar y crecer con todos aquellos que lo han acompañado en estos años y seguirán haciéndolo. Me refiero, a las autoridades universitarias; junto a los profesores, alumnos, personal administrativo, empleados, obreros y a todos los colaboradores de esta parroquia. Dios sabe cuánto bien ha dejado y seguirá sembrado en sus corazones a través de la misión del P. José Gregorio. Para mí, seguir esta labor constituye un reto muy grato, por el “testimonio” magnífico de su generosidad a la obra de Dios que ha comenzado en su amoroso ministerio pastoral insustituible.

Quiero agradecer a Dios por estos 12 años de ministerio sacerdotal, un don que él mismo me ha regalado sin mérito propio. Por tanta gente en estos años: sacerdotes, familiares, religiosos, y amigos que han compartido conmigo en la labor ministerial y de formación aquí en Maracaibo y en Italia. Confío que en los días que pasaré aquí entre ustedes, me ayuden a servirles como Cristo nos ha enseñado en la oferta de sí mismo por amor de todos los hombres, sin distinción alguna. Donando, incluso, su propia vida para nuestra salvación que se traduce en eternidad.

Las lecturas de hoy nos ayudan a reconocer este misterio único de Cristo, quien da sentido a todo lo que nosotros hacemos, y es la síntesis de nuestras vidas, si realmente creemos en él. El libro del Eclesiastés que hemos escuchado, nos adentra a la luz de un lenguaje misterioso, donde el rostro real de Dios aparece para nosotros completamente oculto. Se nos permite descubrir sólo dicho misterio porque “todo está dicho”. Por eso, “teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque en eso consiste ser hombre. Dios nos pedirá cuenta de todas nuestras acciones, buenas o malas, aun aquellas que hemos hecho en secreto” (Qoh 12,13-14). No se trata de manera alguna, de una ley que forzosamente debe ser cumplida, sino de señalar en nosotros la necesidad de una búsqueda constante de Dios, aun en las situaciones más incomprensibles.

El libro del Eclesiastés afronta con originalidad y sin prejuicios la compleja problemática puesta sobre el tapete por la literatura bíblica sapiencial, a saber: la cuestión de las relaciones frecuentemente misteriosas y paradójicas que unen a Dios, al mundo y al hombre en un círculo riguroso. Eclesiastés se alza escrutando en la vida terrena, idéntica para el necio y el sabio, el color de la miseria y del absurdo más que del gozo y la armonía. La paz de la sabiduría humana queda aquí desvanecida. Se fija sólo en un mundo en el cual lo relativo parece ser lo único absoluto, la miseria y la insatisfacción es el único pan de la existencia humana.

Esta dramática realidad repercute, como un martillo, en nuestros días: “todo es vanidad”; todo es lo mismo; todo trabajo es inútil, todo es *habel*, vaciedad. El término hebreo es sumamente sugestivo: alude a la transitoriedad del soplo, del vapor que se disipa, del viento impalpable. Estamos, pues, ante el descubrimiento de la absoluta inconsistencia de todas las realidades del mundo como aquéllas humanas; nos adentramos en un mundo hecho de vacío, de absurdo, en cierto sentido de la nada.

Es la realidad de un mundo lleno de apariencias, de sombras inconsistentes; de mucha indiferencia. La protesta del Eclesiastés es radical y denuncia todos los sistemas tranquilizadores que nos dicen: “aquí no pasa nada; todo está bien”, los problemas se solucionan por sí solo. En fondo, se nos cuestiona a nosotros mismos y a nuestra cultura.

Cristo, nos hace descubrir el camino verdadero. Entonces, la inutilidad de buscar otros caminos termina sin resultados y en el naufragio de un sustancial sinsentido, nos da la sensación de no quedar colmados. A veces, todo diálogo con Dios se acaba o en la pregunta sin respuestas; o en la resignación impotente del hombre; o bien en el “silencio de Dios” que, aunque no siendo ausencia total de su existencia, en definitiva, equivale a ella. Pareciera que Dios ha predeterminado un eje sobre el cual el disco monocorde de los acontecimientos debe girar en un movimiento circular que repite siempre la misma nota: “No hay nada nuevo bajo el sol”.

Dios le ha dado sentido eterno al hombre. Por eso, en Cristo, el hombre encuentra la novedad y el sentido pleno de su vida. Sin embargo, el hombre no puede, a veces, comprender su destino ni intuir un sentido en la propia existencia terrena. Dios, por otra parte, le ha dado al hombre acción e inteligencia, y sin embargo, ha estructurado todo el ser y toda la historia de manera definitiva, de modo que “nada se puede añadir ni se puede quitar”.

En este universo aparentemente roto y sin centro el hombre debe saber recoger con mucho realismo las pequeñas y sencillas alegrías que Dios siembra en él. En realidad, no es ésta una proposición de la vida global; es sólo una invitación a no perder la esperanza. Las pocas briznas de paz y de alegría que casualmente se entrelazan con el abundante dolor y el sinsentido fundamental de la existencia.

También la sociedad hoy enloquece como en una jungla (Qo 4,1-3): el trabajo frenético (1,13), la ambición y el poder de tener más riquezas en este mundo (5,12-14), el activismo y el placer (2,1-11.17-26) que no tienen algún significado estable; sólo son un “seguir el viento”. Entonces, ¿Qué provecho saca el hombre de tanto trabajar? La respuesta está, paradójicamente, a veces en el “silencio de Dios”. Este silencio que se ha hecho palabra encarnada, que se hace sufrimiento, ansia, duda, pregunta, amor. Esto no es una contradicción. El silencio de Dios y de la vida no son necesariamente una contradicción, sino una ocasión paradójica de encuentro con Dios por caminos sorprendentes, aunque por ahora no visibles y comprensibles.

Las palabras del Eclesiastés se han de interpretar a la luz de la enseñanza de la revelación de Dios en Cristo, la cual, aunque tiene una lógica de fondo lineal, pasa por etapas lentas de realización, por paradas y esperas. En este sentido puede decirse que para el cristiano la palabra de Dios es como un índice que apunta hacia la plenitud de Cristo, hacia la eternidad, en la cual la tensión de la búsqueda y de las preguntas del Eclesiastés encontrará finalmente una respuesta conclusiva sin evasiones. Dios no permaneció indiferente en el cielo; ni habló por una mediación meramente humana, sino que a través de Cristo “se hará voz humana, límite, pobreza, fragilidad, pregunta, anhelo, interrogante a Dios mismo en el Hijo, verdadero hombre”.

Por eso, Jesús, en el evangelio nos enseña a guardarnos de toda clase de codicia porque las cosas de este mundo terminan con la muerte; la nueva vida no depende de los bienes terrenos. La muerte rompe así toda ilusión terrena. Nuestra respuesta a la pregunta inicial la encontramos en Cristo. Él es nuestra mayor riqueza que llena el vacío y la oscuridad de todo corazón extraviado. Es así que como un soplo pasa la gloria de este mundo.

La verdadera riqueza proviene de Dios. Dice el evangelio de Mateo: «No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde los ladrones entran y roban; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde los ladrones no entran ni hurtan, porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Mt 6,19-21). Dios, a través de Cristo nos abre el camino hacia la eternidad, donde las cosas de este mundo recuperan su sentido fundamental. Y la carta a los Colosenses nos lo repite con insistencia: «Ya habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra».

Queridos hermanos, en este día de mi recibimiento de la parroquia universitaria, recibamos a Cristo. Este don es la única y verdadera riqueza inmerecida que obtenemos y podemos ofrecer. Esta riqueza nos basta. Ya el Domingo pasado hemos escuchado de los labios de Jesús: «si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se los piden? (Mt 11,13). Ven, Espíritu Santo e inflama, alegra, llena, da plenitud a los corazones de tus fieles y enciende en nosotros el fuego de tu Amor.

Oh, Virgen María de Chiquinquirá, haznos gozar la alegría de tu hijo que se ofreció por nosotros para darnos nueva vida. Acompaña siempre, dulce Madre, la guía y los destinos de esta parroquia universitaria, que confiamos a tu divina protección. Haz que sepamos estar como una verdadera familia, una verdadera “parroquia”, donde no haya distinción alguna; porque Cristo es la síntesis de todo y está en todos (cf. Col 3,11). Ayúdanos a vivir en espíritu de reconciliación y paz para siempre.

Dulce Madre no te alejes;
tu vista de nosotros no apartes,
Ven con nosotros a todas partes
y sólo nunca nos dejes;
y ya que nos proteges tanto como verdadera madre,
haz que nos bendiga el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Amén.

Pbro. Carlos J. Villasmil P.